

esa sana alegría, maldita en los claustros, abominable en los infolios, condenada en las teogonías, pero por la cual, por ser el amor, se renuevan las hojas, y se perpetúan los seres, y ruedan en el espacio, pleno de su espasmo, los mundos.

*
* *

Un grupo de transeuntes pacíficos ha sido destrozado por una bomba; un niño ha asesinado á otro niño; un hombre ha muerto de hambre. He hablado de esto con gentes sensatas. ¿Hay algo tan frío como la sensatez? Es una virtud que merece coronas de hielo.

Asombra ver con qué gravedad, con qué tono de docta suficiencia repiten las personas que juzgábamos más discretas la vulgaridad misma, la que oímos una y mil veces, la tontería que, aun siendo exacta, revela el total desconocimiento del asunto. No sé si hay algo que, como esta repetición de palabras y de conceptos, denuncie nuestra estirpe de mono antropoide. Preguntad su opinión á cualquiera acerca de estos horrores de la civilización y oiréis siempre lo mismo. ¿Es falso? ¿Es verdadero? ¿Es cuanto se puede decir? No importa. Es al menos lo que siempre se ha dicho. Por eso tal vez afirma Pascal que casi todo el universo es vulgo.

¡Oh vulgaridad: tú eres la musa de los simples! ¿No era hacer repetir ideas caducas el ideal de los viejos pedagogos? Tú hallas respuesta á todas las cuestiones; tú economizas el penoso trabajo de pensar. Tú te llamas regla en el sabio, práctica en el jurisconsulto, en el médico paliativo, hábito en el obrero y en el fiel obediencia. Tu historia es la de las razas humildes y la de los

tiempos tranquilos. Pero no has resuelto un solo problema ni enjugado una sola lágrima.

*
* *

Si alguna vez, rebuscando en el fondo de un mueble antiguo que por azar ha llegado á ser vuestro, encontráis en él un montón de flores marchitas, contempladlas con profundo respeto. Rendídlas, si es que podéis, el homenaje que es debido á las glorias que se van, á las tiernas melancolias que se alejan, á las cosas serenas que fueron y á los aromas que se evaporan.

Exuberante de color y de vida, hubo alguna de aquellas flores que esparció su aromosa fragancia un día sobre el tibió y opulento seno de una mujer. Los pétalos amarillentos de esotra cayeron acaso lánguidamente sobre las cruces de unos dedos crispados y se agostaron al fulgor de unos cirios. Aquellas violetas que hoy son cenizas cárdenas, se columpiaron sobre unas sienes y formaron parte de un nimbo; las clemátidas representaron acaso ofrenda ante un ara; los heliotropos fueron desmenuzados por la impaciencia; los geránios de hierro debieron tal vez su color encendido al trémulo beso de unos labios febriles de pasión y arrebato.

Descubrióis ante esas flores; son el pasado. Y después que las hayáis rendido el tributo que se rinde á las majestades que pasan, volved la cabeza al jardín susurrante, donde otros pétalos se colorean y otros cálices se columpian y otras formas gentiles se aprestan á simbolizar la vida triunfal que amanece.

Si recorréis los viejos claustros de nuestras catedrales, en donde aún parece escucharse el

rezo místico conventual; si veis la sombra de los ventanales recortarse en rosetones y ojivas sobre las losas húmedas de los pórticos, en que aun parece resonar el metálico choque de doradas espuelas; si recorréis las naves del templo y miráis frente al presbiterio el sepulcro en que los esforzados varones duermen sueño de piedra, y veis las gradas de los altares desgastadas por los ósculos de las mujeres enlutadas que caldearon con sus lágrimas el frío de los mármoles de colores sangrientos; si al caer de la tarde dais la vuelta á los carcomidos y arenosos ábsides que se ensanchan en semicírculo como diademas rotas, y creéis escuchar junto á las estrechas callejas choque de espaldas templadas en ríos heroicos y tintineo de untuosas doblas; si alzáis la vista y divisáis sobre la torre enhiesta, llena de ojivas túmidas y alicatados y signos masónicos, la sombra augusta de la cruz, descubrid vuestras frentes. Aquello es el ayer que desaparece, la idealidad que se transforma, el pasado que nos punza con sus dolientes quejas. Esas sensaciones que parecen sobresaltos, son el tributo que tenéis que rendir á una idealidad en su ocaso.

Pero cuidado de volver la vista al campo que florece, á los cielos que centellean, á los nuevos alcázares del progreso que, sobre las ruinas polvorientas, se alzaron y humean sobre la nueva ciudad portentosa. Habéis rendido homenaje á la muerte. Ahora pensad en la nueva vida.

Si hojeáis uno de esos libros en que una generación encontró las palpitaciones de su espíritu conturbado, en las cuales os ciega el dorado polvo de las alas del genio, que sobre ellas se cernieron vibrantes; si, al lado de las bellezas imponderables que os asombran, encontráis las mons-

truosidades que os conturban, como halláis los grotescos informes zoológicos junto á los haces gentiles de columnas que en las bóvedas se abren y desparraman; si al pasar esas páginas polvorientas con mano nerviosa, creéis sentir en vuestros oídos el grito de aquellos guerreros inflexibles que alzaron murallas y cubos y puertas almenadas, el murmullo de aquellos ascetas ceñudos que pasaron en filas salmodiantes por los helados claustros, las voces de los caballeros que esculpieron sus armas en las impostas y en las claves y en los arcones y en los viejos infolios, que hicieron del honor teodicea y de la tradición relicario; si llegáis al final y sentís eco de aplausos muy lejanos, rumor de vítores que se apagan, unid vuestro aplauso al aplauso y vuestro sincero vitor al vitor. Aquel libro es la voz que se aleja, la rotunda verdad que se amortaja en fecunda crisálida, la comprensión de un mundo que no es el vuestro; pero que ha sido grande, que ha sido bello, que ha sido solemne, que ha vivido la vida humana, en fin.

Pero después que os hayáis descubierto y hayáis tributado al autor el debido homenaje, volved á los estantes que se yerguen á vuestra espalda, henchidos de savia, de jugo y de luz, saludad contentos el porvenir y tomad en las manos el libro nuevo.

*
* *

No tenemos tiempo para leer lo estimable. Hace pocos meses echaba la cuenta un cronista extranjero del tiempo que se necesita para leer lo sublime, lo nuevo y lo interesante. Según el cronista, eran necesarias al día para esta ocupación

cuarenta y seis horas. Vean los nuevos escritores el tiempo que podemos dedicar á sus cándidas é inocentes novelas y á sus quintillas aconsonantadas en *ado* y en *ente*.

Muy pronto no leeremos sino índices, y después nos contentaremos con hojear catálogos. Esto á menos que, especializando nuestros conocimientos y seleccionando nuestras lecturas, no nos limitemos á estudiar lo fundamental, lo escogido, lo notoriamente útil y aprovechable.

Pero esta verdad dolorosa no hace sino acrecentar mi compasión á los grafómanos de todas especies. No es sólo vanidad lo que hay en el cerebro de los autores fracasados. Hay amor á lo grande, á lo noble, á lo generoso; hay deseo de ensanchar horizontes que se juzgan más estrechos y limitados de lo que son; de descubrir verdades menos ignotas de lo que sospechaba la candidez. Y sobre todo, hay pronto ó tarde un dolor verdadero, un pesar incurable, un desencanto que, como las pócimas amargas, cura ó envenena de una vez para siempre.

¡Pobres libros! Yo los conservaré con cariño, con interés y benevolencia. Pero alguien que vendrá tras de mí juzgará que aquellos mamotretos estorban, que aquellos libros de hojas inmaculadas quitan sitio á otros más necesarios. Y entonces llegará el momento inevitable de vender alegrías y pesadumbres, esperanzas y desengaños, al peso.

*
* *

Viendo un cielo plomizo, alegraba á Emerson el recuerdo de su rinconcito junto á la lumbre: Tal vez para dominar las más hondas melancolías es

preciso sufrir las inclemencias de la Naturaleza irritada, como aquel prisionero de Tolstoi, que aprende á saborear el placer de vivir descalzo, y hambriento á través de la estepa.

Tiene su atractivo la niebla cuando, ciñéndonos con sus gasas azules, nos besa las sienas con sus labios húmedos invisibles. Sobre la ancha acera asfaltada, viendo borradas las lejanías y como fundidas en una humareda trasluciente, parece que nos encontramos sobre la cubierta recién baldeada de un gigantesco y movable *Great Eastern*. Tal vez el pasado es hermoso porque azulea, y el porvenir nos seduce porque es confuso. El día en que disipe la razón humana todas las nieblas, habrá acabado la idealidad, esto es, habrá terminado el por qué del vivir.

En pleno sol, cuando multiplican su actividad las nubes, somos siempre egoístas. El oxígeno que respiramos á pleno pulmón, la luz que recibimos á plena retina, el rumor de tantas grandezas que por nuestros oídos nos llega al sensorio, todo nos hace más pletóricos y, por consiguiente, más duros. Hace falta de vez en cuando la niebla con sus melancólicas neurastenias, la llovizna con sus hondos ensueños, para que en el fondo de nuestro espíritu surja la visión de las cosas bellas y humildes, se abra nuestro corazón á la infinita compasión y ternura y sobre nuestra alma adormecida resuene la melodía incomparable de Jorge Manrique, de Virgilio y de Wordsworth.

*
* *

Leo que hay una juventud conservadora. Pero no cabe en cerebro humano pensar una juventud sobrado prudente, discreta, reposada, calculado-

ra, fría, poniendo paz entre los combatientes é invocando el único fanatismo que no puede sentir: el del orden.

No; la juventud tiene algo más que hacer que conquistar puestos, asegurar prebendas, mirar por el día, que acaso no llegue, de mañana. Para ella deben ser los lugares de peligro, los enardecimientos impersonales, los no superados altruismos. Una juventud sirviendo de viejo pedagogo y meditando en los peligros del porvenir, buscando fórmulas de concordia y arreglos de intereses, es algo marchito y sin fragancia, caduco al nacer, vacilante en el umbral de la vida y trémulo y encorvado en la cuna.

Y como todo lo absurdo, es inútil. No puede llevar una idea, ni una energía, ni un elemento nuevo á lo que sólo con la vejez llega á su plenitud: el egoísmo. No acertará á exceder á los viejos en cálculo, ni á los curtidos en las lides políticas en cordura y sagacidad. Lo único que podría ofrecer, sus arrebatos, sus valentías, sus abnegaciones, los ha arrojado como pesado lastre. Para salvar la piel ha imitado al prudente almizclero, rompiendo con sus dientes el secreto de su masculinidad.

Esos hombres de negros cabellos, de ojos brillantes, de piel tersa y ademanes gallardos, podrán seguir llamándose jóvenes, como sigue titulándose historia moderna la toma de Constantinopla, ó como sigue llamándose vals de moda á *Frou-Frou*. Pero son viejos en la política, viejos en la vida y el pensamiento, viejos calculadores que economizan pensando en la mortaja. Los jóvenes son aquellos que, aun teniendo la piel arrugada y los cabellos grises, conservan el entusiasmo por las ideas, el desprecio á las componendas egoís-

tas y la visión luminosa y ardiente de las cosas del porvenir.

*
**

Presumo que llegará un día en que no se sabrá lo que es Literatura. Puesta la palabra al servicio de las ideas, y sobre todo de las necesidades, no habrá quien se explique el refinamiento por hablar. Se habrá, sí, embellecido en extremo el lenguaje escrito y oral, se dará á la frase su majestad, á la palabra su sencillez y altisonancia; pero ese don será patrimonio de todos. Lo que no existirá será el *literato*, es decir, el hombre consagrado á adulterar el pensar y el sentir para hacer las palabras más sonoras, reverenciado por las muchedumbres, respetado por sus contemporáneos, mientras él tortura su cerebro cansado por hallar moldes y formas nuevas.

Sepámoslo todos: ya no habrá Homeros. Y es más: ya no habrá Apeles ni Fidias. Pero la masa será más artista. No se dará el feroz y odioso espectáculo de un pueblo ineducado y soez en torno de un genio indiscutible, como no se dará el de un miserable rebaño de esclavos alrededor de un déspota. Como toda la vida, se habrán socializado el Arte y el genio. No habrá grandes estatuas, ni lienzos, ni en los nuevos cantos geórgicos sonará rumor fresco de manantiales y crujido de ondulantes espigas. Pero cada cual será artista de su propio vivir, y el universo entero se llamará Pina-coteca.

El día en que todos los hombres tengan sentido común y se expresen con elegancia y nobleza, serán, ¿qué digo difíciles? imposibles los Sócrates. Si llega el tiempo previsto por Wells en que

al superhombre corresponda la superhembra, el gusto, la gracia, la majestad del coro habrá hecho imposibles las protagonistas memorables, Frinés y Aspasia, Medea y Andrómacas.

*
* *

Se apiñaba la gente en los tendidos; un vago rumor de muchedumbre inquieta trocábase á intervalos en imponente clamoreo; la arena, limpia, fina, inmaculada, como si en ella no se hubiera vertido sangre, esperaba huellas de gentilezas y rastros de viril arrogancia. En los antepechos de gradas y palcos tejíanse en guirnaldas las flores purpúreas, y ondulando en gráciles curvas, gallardetes y cintas desplegaban en el espacio los áureos y sangrientos colores de la bandera nacional.

Pero el sol no bañaba las graderías, caldeándolas con su encendido beso. Apenas si la claridad débil de unos focos parpadeantes rasgaba en el anchuroso circo las sombras. Borrábanse en tinieblas las arcadas fronterías, en que un mar de cabezas ondulaba como un campo de tostado centeno. No sonaba vibrante el clarín, y encima del magnífico anfiteatro aparecía un círculo enorme de azul oscuro, tachonado de puntos luminosos. Era la noche augusta y solemne, durmiendo en la inmensidad del espacio su sueño sideral.

Se hizo de pronto un formidable silencio. Una emoción intensa, presta á desbordarse en aplausos, una presión parecida á la que en los niños precede al llanto y en las muchedumbres al vitor, anunció á todos que iba á aparecer el protagonista. Fué un momento de ansiedad rayana en la angustia. De pronto, se abrieron las puertas de la Plaza, estallaron las músicas en acordes, y majes-

tuosa, grave, digna, con sus estandartes á la cabeza de cada grupo, serena, como quien cumple un rito, tranquila, como quien tiene la conciencia de sí, entró en el circo Su Majestad la Plebe.

Primero aparecieron los Orfeones de Cataluña. En sus recamados pendones brillaban los escudos en que marcó la huella de su mano moribunda Vifredo. Cuatro barras firmes, seguras, que trazó un pulso decidido con encendido jugo de redentor; y detrás, reposados, austeros, diez, ciento, mil, dos mil catalanes cubiertos con sus barretinas color escarlata. Inundaron el círculo de luz proyectado por los actos voltaicos y trocóse la arena en jugoso prado de amapolas. Y el público en pie, agitando sombreros y pañuelos, saludó con aclamación estruendosa á sus compatriotas de allende el Ebro, mientras los nietos de los almogávares inclinaban los estandartes para corresponder al saludo de sus hermanos en labor y dolor.

A un desfile seguía otro desfile, á una insignia otra insignia, á un grupo otro grupo. Y las aclamaciones eran más fuertes y los aplausos más nutridos. A Cataluña siguió Castilla, y luego Valencia y Sevilla y Aragón. Nuevos estandartes evocaban el nombre glorioso de nuevas regiones, y las cabezas seguían descubiertas bajo el centelleo de los astros. Y cuando ya roncas las gargantas y secos los labios, parecía agotado el entusiasmo y la tensión nerviosa insoportable, aparecieron los galleguiños, humildosos, sencillos, tiernos, dejando oír la armonía dulcísima de sus gaitas, cuyas frases melódicas parecían volar al espacio y retorcerse en él como hilillos de oro en la majestad de la noche, que en aquellos momentos tendería su manto piadoso sobre la placidez de

sus ríos y la brava firmeza de sus nobles y verdequeantes montañas.

Y en aquellos momentos sublimes en que, agrupados, los hijos del trabajo entonaron sus himnos y sus saluciones á la patria; en aquellos instantes de paz, de amor, de fraternidad, de culto á la Naturaleza madre y á las fuerzas misteriosas que dirigen el Universo, el alma, dolorida, azotada por la adversidad, destrozada por el dolor, herida por la barbarie y brutalidad de un medio implacable y hostil, tuve una revelación consoladora ante la comunión de los espíritus en amor y grandeza: la de que el mal es sólo un accidente; la de que todos los hombres son buenos.

Entraban deseos invencibles de gritar en voz alta: «Si; yo, en nombre de todos, perdono á todos; en mi culto no hay réprobos, y todos los hijos de madre se salvan. Sois buenos vosotros los que arrojasteis bajo mis pies espinas, los que con vuestras envidias y malquerencias quisisteis humillarme, como si pudiera humillarse á quien sabe vivir y sabrá morir con decoro; los que, por torpeza ó error, hacéis que sucumban los débiles, los que maltratáis á los niños, los que martirizáis á las mujeres indefensas, los que, en nombre de Dios, de la patria y del orden, perpetuáis la injusticia, la ignorancia y la esclavitud, ó, en nombre de la emancipación, os sentís incapaces de toda noble delicadeza. Sólo os falta la luz, la armonía, el pan del espíritu, la vibración que encumbra, la enseñanza que salva y redime. Pero como yo, sois de carne, de carne amasada con lágrimas; sois buenos, aun cuando no hayáis podido despertar á la idealidad; arpas mudas que esperan la mano que pulse sus cuerdas; sauces solitarios que demandan un viento apacible que mueva sus frondas;

campanas olvidadas y llenas de herrumbres que no piden sino una sacudida viril y un viento propicio para llenar los espacios de ondas sonoras que canten el himno de la verdad y de la justicia, de la emancipación y el progreso.

¡Inolvidable y hermosa fiesta! En ella las banderas simbolizaban paz y trabajo; los cantos eran memorables estrofas á la familia y á la patria; los psalmos, invocaciones al escondido y humilde terruño. El amanecer de esa noche no puede ser sino de prosperidad y alegría. En esa aurora humearán todos los hogares y brotarán flores en todos los surcos y habrá paz en todas las almas y generosidad en todos los pechos.

Porque la conquista del porvenir no se hace con sangre, ni con violencia, ni con estériles bravuconerías, ni sustituyendo á una tiranía otra tiranía más necia y brutal, ni exterminando á los adversarios, ni predicando revoluciones, ni sembrando odios, sino invocando la razón, trabajando por la cultura, aconsejando la piedad, siendo antes mártir que verdugo, confiando en la eficacia de esa energía que abre las conchas de los moluscos con los rayos del sol y no con las hojas de los cuchillos, invocando á ese espíritu de concordia que tiene por lema: todos los hombres, aun los que parecen malvados, son piadosos y buenos. ¡Dejad que todos los hombres se acerquen á mí!

*
* *

Se habla de la moral de Don Quijote; pero es siempre verdadero el dicho de Fouillé: «La moral no es sino una aplicación de la Psicología, de la Sociología, de la Cosmología y de la Metafísica á la conducta del hombre en su vida privada y so-

cial. Y ¿cuál fué la Metafísica del *Caballero de la Triste Figura?*»

Desde luego—desencantemos á quienes buscan en la obra inmortal sistemas cerrados y extraordinarias y no siempre justificadas clarividencias,—no hay, no puede haber en ella un sistema cerrado. Después de la hermosa obra de Navarro Ledesma, después de las inestimables indagaciones de Menéndez Pelayo y Cajal, sin olvidar la anterior labor analizadora desde Clemencin, nos es conocida el alma cervantina. Y es un alma compleja, humana. Así, en el sentido cerrado dogmático, su moral no personifica teoría alguna, presintiendo la frase de Arreat: «El hombre idea será siempre un Diógenes ridículo.»

Pero hay en Cervantes, como en todo poeta—adivino,—clarividencias; y éstas puede decirse que en él llegan á ser tantas y tales, que representan una orientación bien señalada en el modo de concebir el mundo y la realidad, y aun concretando lo que es propio de la vida y la acción, toda una moral y un Derecho.

En la obra de Cervantes, contra lo que pudiera creerse por dogmatizadores y críticos, ni lo es todo el idealismo ni el realismo; pero aquél prepondera. El realismo tiene sólo carácter estético; es, como dice muy bien Cajal, una reacción de la observación perspicaz, castiza y netamente española contra la irrupción de los falsos idealismos exóticos. Mas la filosofía de Don Quijote señala una de las dos orientaciones fundamentales del pensamiento humano. Aquella que comienza con el autor inmortal de los *Diálogos* platónicos, y acaba, ó por lo menos sufre crisis y evolución, en Reclus.

Pero es asombroso que Cervantes presintiera

de qué suerte á la autospección y al análisis del yo debe seguir la observación en el mundo de los fenómenos; al *cognitio rei* el *cognitio circa rem*. Por la inadaptación al medio es por lo que fracasa en sus generosos empeños el protagonista. Cervantes, en los tiempos en que hubieran parecido verdaderas locuras las afirmaciones de Darwin y Ferri, hace patente esta inadaptación, y en contradicción con toda la Metafísica de su tiempo, informado quizá del movimiento intelectual que en Inglaterra se iniciaba y desenvolvía, muestra un modo de pensar y sentir contrario á la subordinación ciega de la Filosofía á la Teología, que había sido la característica de la investigación desde el siglo IX en toda la labor de los Padres de la Iglesia, dueña entonces de todas las llaves del saber.

No hay en Don Quijote el menor asomo de misticismo; antes parece que su arte es panteísta y que le lleva al culto de la Naturaleza y de la serena belleza clásica. Nunca, como al imaginar el *Quijote*, se dió á ser alguno imaginario ese sello de lo personal, que en el Arte lo es todo. El Caballero por antonomasia vive, según la frase de Leibnitz, *un presente lleno del pasado y preñado de lo porvenir*. Es bueno, no porque obedece á esta ó á la otra ley, sino por cumplir así su destino, como pide Jouffroi al ser moral. Abomina de la ley del encaje, «propia de los ignorantes que presumen de agudos», y proclama en todas partes como fueros sus bríos y el deber de acometer cualquiera á los enemigos de la verdad «sin mirar si sus armas son largas ó cortas ó si traen sobre sí reliquias».

La oposición, irreductible al parecer, entre el hombre de pensamiento y el de músculos, entre el universo real y el ideal, llega en el *Quijote* á lo más sublime. Hay en la odisea del hidalgo una noche melancólica y memorable. Es la noche de la aventura de los batanes. Tras la lobreguez de las nubes, sólo el instinto adivinador del pegujalero podía ver la *boca de la bocina* en la inmensidad del espacio, en donde los astros invisibles daban en silencio su gigantesca vuelta diuturna. Entre las tinieblas preñadas de energías ignotas se escuchaba rumor de aguas bravías como despeñada de altos y levantados riscos, mientras, movida del manso viento, la hojarasca despertaba ruidos blandos y temerosos. Todo causaba horror y espanto al escudero; todo al caballero denudedo y fortaleza. El corazón le *revienta en el pecho* en medio de la noche nupcial. Y entonces, sujeto á la quietud é inacción por la industria de Sancho, vése obligado á esperar el alba, encendido de santa impaciencia, escuchando consejas ruines y relatos vulgares. Aquel grupo que forman el hidalgo, apoyado en su lanza, la mirada levantada á los cielos, y el patán abrumado por el terror, haciendo llegar al sensorio del héroe hedor á pestilencias, atormenta el espíritu con la visión de la epopeya en que riñen su perdurable lucha el alma y la carne, las excelsitudes de la idealidad y las bajezas miserables de la vulgaridad y la grosería. Poned la mano sobre la frente, y decid si no recordáis otras noches tan tristes; bajadla al corazón, y decid si no hay en él todavía doloridos ecos, amargas reminiscencias, golpeteos que os atormentaron alguna vez con rumor de batanes.

En su sentido psicológico es el *Quijote* imponderable acierto. Tiene Cervantes—dice muy bien Theóphilo Braga—la intuición de un profundo filósofo. Solamente su arte podía prestar objetividad á ese capitalísimo problema psíquico del des-acuerdo entre las representaciones subjetivas y la realidad del mundo exterior. Hay que llegar hasta la *Crítica de la razón pura* para observar tan netamente cómo la idea, para ser verdadera, exige la concordancia entre el dato objetivo del mundo real y su representación mental ó subjetiva. Después de hacer que su héroe tome el punto de partida cartesiano, en la conducta y en el pensamiento, anticipándose á la gran revolución filosófica de que nace toda la Flosofía moderna, Cervantes adivina, presiente á Kant. Esa es su inconsciente Filosofía. De ella emana la moral de sus héroes y su concepción del Derecho y de la Justicia.

La norma moral de Don Quijote no es la ortodoxa. ¿Por dónde ni cómo podía serlo? Esa fué, si acaso, la del infelice Quijano el Bueno. Hay demasiada oposición entre las ideas del Hidalgo y del Caballero para que no sea necesario elegir ortodoxias y rebeldías para uno de los dos.

Y es el caballero el rebelde. ¿A qué hablar sino en los temerosos y postreros momentos de arrepentimientos y culpas? Sí: arrepintióse el buen Quijano; pero no pudo sobrevivir á su decepción. Cuando los genios plegan sus alas, mueren. No pudo resignarse á ser el ente vulgar, embutido en sayo de velarte y calzas de velludo, ayunador los viernes y fiel cumplidor de mandamientos. Torna á la vulgaridad y deja de vivir; pero ya ha dicho: *Post tenebras spera lucem.*

Era quizá preciso á Cervantes este regreso de

su héroe á la vulgaridad cuadrículada, para no incurrir en las censuras y persecuciones del Santo Oficio. Necesaria ó no, la posteridad ha juzgado: el grande, el inmortal, es el caballero que acomete vestiglos, endereza tuertos y desfaca agravios; el que llama *fementida canalla* á los frailes de la Merced, atropella á los disciplinantes, apalea á la Santa Hermandad, increpa al capellán de los duques, y dice al topar con la Iglesia: — ¡*Quiera Dios que no hayamos topado con nuestra sepultura!* El vulgar, el insignificante, es el hidalgo rancio, de galgo corredor, que en sus postimerías declara no haber ya en los nidos de engaño aquellos pájaros de rizado plumaje que supieron cantar en las frondas azuladas y rumorosas de la idealidad y el ensueño.

En la vida del enamorado de Dulcinea no hay fórmulas ni ritos. Sus penitencias son holocaustos al amor, como la de la peña de Beltenebros, como lo son las impuestas á su escudero para desencantar á la que nunca pudo desencantarse, porque es el encanto y pudo llamarse *Incognoscible*. Pero la ley de su conducta no fué esta ni la otra moral, no fué tal ó cual ética dogmatizadora y confesional; fué—no hay sino detenerse á pensarlo—ni más ni menos que el *imperativo categórico*.

Pareció acompañarle en toda ocasión la ley kantiana, y en todo caso hubiera podido erigir su conducta en ley universal. Ni una sola vez habla, que su voz no refleje ese imperativo de la conciencia, de la razón, digámoslo así, *pura práctica*. ¿Habrà quien piense que vivió Don Quijote más en el mundo de la quimera que los Duques, Maritornes, Sansón, Altisidora y aun el Caballero del Verde Gabán, tipo de la vulgaridad odiosa, de

la miseria intelectual y moral, con su perdigón manso y su hurón atrevido? Sus mismas alucinaciones se refieren, no á las cosas en sí, sino á sus vanas apariencias. No son los molinos gigantes; pero hay fuerzas gigantes que contrarrestar; no son las manadas ejércitos, pero sí son las armas medios para oprimir al desvalido; no es un caballero Tosilos, ¿pero no eran lacayos entonces casi todos los caballeros? No fué encantada Dulcinea; pero la verdad, excelsa, de alta y gloriosa estirpe, fué trocada en rústica lugareña y encerrada á la sombra de los ábsides por los embaucadores de Merlin. Enamorado de la verdad, pudo el *Caballero de los Leones* dejarse llevar de vanos fantasmas; pero su voluntad jamás se engañó, y así pudo decir invirtiendo el antiguo axioma: *video deteriora. proboque meliora sequor*.

Repitó que estoy lejos de buscar en Cervantes una Metafísica, una Ética, una Sociología, una Teoría de la Persona social. Pero vosotros, que sentís el deseo de buscar á todo estado de conciencia tal una analogía, buscadla en un individualismo abstracto, en Rousseau, en Spencer y, ¿por qué no decirlo? en Kropotkine. Don Quijote es un anarquista. Sus máximas son las spencerianas de *El individuo contra el Estado*. No sólo concibe una esfera individual de Derecho, sino que ella las invade y abraza todas. El hecho de salir á favorecer la justicia á campo abierto, muestra la escasa confianza de Don Quijote en la acción del Estado, del cual hace la crítica indirecta y acerba en la aventura de los Galeotes y en la visita á las galeras. Cuando el leonero le muestra las banderas del rey, Don Quijote se encoge de hombros y contesta lacónicamente: ¡Leoncitos á mí! Cuando habla de leyes, de usos, de costum-

bres que no son las de caballerías; cuando se lamenta de los consejos que se dan á los príncipes y de cómo los acogen y los realizan, parece escucharse la voz de Vaccaro: ¡Cuán poca ciencia gobierna el mundo!

¡Palabras, dice, funestas las de tuyo y mío! ¡Dichosa edad y dichosos siglos aquellos en que todas las cosas eran comunes! La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar los del favor y del interés. No había entonces que juzgar ni quien fuese juzgado. He aquí la doctrina de Reclus. La ley de solidaridad social de Marión queda aquí obscurecida acaso; pero reaparece en la forma que Guyau la asignaba al bosquejar su moral sin obligación ni sanción, la que Kropotkine imagina cuando reduce la ley natural á una relación entre determinados fenómenos.

He aquí la filosofía del Caballero, desmentida por el Hidalgo en su lecho de muerte. Nada más doliente, más amargo que la muerte de ese Quijano arrepintiéndose de tanta generosa nobleza, de tanto fiero arranque de independencia y libertad. Pero aquella conversión acaso es fingida; hay en ella burlas y donaires; no aparece en las frases del converso la amargura de Hamlet ni la invocación al no ser de Byron.

Muere Don Quijote sin haber pintado mote en su escudo, contra todas las leyes de caballería. Pero muere sin escribirlo, obligado por la tiranía y brutalidad de su tiempo. Ese lema es el escrito por Juan de la Cuesta: ¡*Espero la luz!* Y bajo él abren los ojos amenazadores los leones dormidos, y las aves abrasadas resurgen.

Y muere sin renegar de Dulcinea. Ella vive, alienta, perdura; es el ansia de idealidad y mejo-

ramiento, es el *alma mater* de la Ciencia y el Progreso futuro: se llama combate con la rutina, lucha con la barbarie, pugilato con la injusticia y el retroceso; protesta, inquietud de las almas nobles atormentadas.

* * *

Un brillante escritor, enamorado un tiempo de la democracia, recuerda con qué clara percepción de la vida y la realidad consignaron nuestra vieja legislación y nuestro Derecho consuetudinario no pocos preceptos de los que ahora demandan los socialistas; y con la profunda amargura, con el melancólico escepticismo de quien ha visto desmoronarse muchos castillos metafísicos, formula, entre desengañado é irónico, esta extraña pregunta: *¿Qué es el progreso?*

Acababa yo de leer el último libro de Anatolio France y había encontrado en sus páginas igual desconfianza en los destinos de la Humanidad. La razón nada nos enseña: lo mejor que podemos hacer es dejarnos llevar del instinto. ¿Qué es el progreso? Eso se sabrá allá cuando los últimos hombres, idiotizados, refugiados en sus cavernas, faltos ya del calor solar, quemados en los más hondos subterráneos los postreros pedazos de hulla. Y entonces será tarde; tarde para pensar y para vivir.

En verdad, ha muerto la Metafísica, y con ella los conceptos abstractos. Sin este desplome lamentable, pero necesario, hubiéramos podido interrogar á los sacerdotes de la razón. Bacon, recordando á Aristóteles, nos hubiera dicho que el Progreso es el desenvolvimiento gradual de la experiencia, y Hegel que es el proceso del *devenir*.

Volver al punto de partida—nos hubiera gritado Vico.—Realizar nuestro fin en, por y bajo Dios—hubiera pronunciado Krause.—El Progreso se hubiera llamado evolución y desintegración en Spencer, voluntad en Schopenhauer, en Nietzsche fuerza. Tomás de Aquino hubiera señalado á las nubes, mientras Voltaire habría reído otra vez ante los optimismos de Pangloss, baqueteado por los búlgaros.

Si. Han acabado los conceptos abstractos, las hipótesis prematuras, los aforismos huecos.

Pero el Progreso no lo es. Es un hecho: la sucesiva adaptación de los seres y de las cosas al medio, cada vez más perfecto, en que viven.

¿Habrá que recordar al ilustre escritor que el Derecho Romano que informó las Partidas no se acomoda á las relaciones jurídicas de la vida moderna? ¿Qué significa que uno ó dos ó cien de sus aislados preceptos parezcan análogos á otros que hoy se demandan, ante el total concepto de la vida, del Estado, de la sociedad, de la familia, de la propiedad y el trabajo, muy otro hoy del que entonces se tuvo por verdadero? Entonces se pudo conceder como gracia lo que hoy se reclama como derecho. Entonces se pudo declarar en forma arbitraria lo que ahora es imposición de justicia. En aquella ocasión era la ley la que fijaba los límites á la acción del Estado; hoy quien los fija es la realidad. El Estado es un órgano que cuando quiere desempeñar funciones que no le competen, las perturba todas, se descompone y muere.

Cierto es que el socialismo puede llevar á la tiranía. Pero no lo hará. La tiranía se ha hecho imposible, al menos la tiranía tradicional. Queda la del dinero. Ella desaparecerá, como todas. Tranquilícese el genial periodista. No volverán los

viejos Códigos, como no volverá á su caverna el mammoth. El Progreso podrá negarse, será puesta en cuarentena la evolución, se nos hablará de antiguos campanarios, de vínculos indestructibles y de fracaso de idealidades. Pero el hecho es superior á la lógica: la Humanidad progresa.

*
* *

Hace ya algunos años que se nos quiere hacer volver á los viejos absurdos en nombre de un supuesto fracaso científico. No podemos conocer sino hechos, y de éstos tan sólo la apariencia. Sea cualquiera el microscopio, quien á él se asoma es un ojo humano. La verdad nos será para siempre negada. Así no sigamos á la razón, falaz, embustera, Lais la más funesta entre todas, porque nos prostituye el espíritu. Entreguémonos al instinto. ¡Gocemos!—nos dicen los estetas, modernos epicúreos.—La Belleza lo es todo. ¡Creamos!—nos repiten los más retrógrados.—Sólo la Fe nos puede salvar. Pero los viciosos sucumben, envenenando su propia sangre, anulando su fuerza cerebral, engendrando hijos no viables, mientras los fuertes, los sobrios, los equilibrados, los razonadores, los que cuentan los dientes á la tierra y miden la velocidad de los astros, procrean hombres fuertes destinados á ahuyentar de los cielos á los últimos dioses de Homero y de Hesiodo.

*
* *

Tal vez nunca sabremos lo que las cosas son. Pero vamos sabiendo lo que no son; y en este proceso eliminatorio, vamos aniquilando para siempre los absurdos decrepitos. ¿Qué habrá tras

la última nebulosa? Acaso otra más; tal vez el espacio vacío; posible es que miriadas de mundos, donde se nace, se piensa, se ama y se muere. Lo que sí podemos asegurar es que allí no está el trono de Júpiter, arrojando los rayos con que alumbramos nuestro cuarto de estudio. ¿Cómo se formó el mundo? ¿Se creó esta accidentada vivienda por condensación de vapores ó por un desprendimiento de sol? Lo ignoramos; pero desde luego, no fué en siete días. ¿Qué leyes, qué costumbres, qué instituciones habrán de suceder á las nuestras? No podemos adivinarlo; pero es seguro que no serán aquellas que, en nombre de tradiciones y símbolos, hicieron á los hombres esclavos.

Así progresamos: destruyendo absurdas leyendas, derribando potestades inicuas, apartando de una vez para siempre de nuestro camino espectros y sombras. Progresar es acaso caminar dando tumbos, oscilando en terrible vaivén, sintiendo el vértigo espasmódico de los abismos, experimentando el horror invencible de las tinieblas; pero sin retroceder una línea siquiera ni tropezar en la misma piedra dos veces.

¿Qué es el Progreso? ¿Para qué queremos saberlo? Es el ansia que nos impulsa á vivir, es el fervoroso deseo de indagar y saberlo todo. Sabiéndolo ó no, progresamos, y modificados por el medio, le modificamos en justas represalias. Y así vamos andando nuestro camino, arroyos que no saben tornar á su cauce, piedras que no pueden remontarse á la cumbre de que cayeron, hojas á las cuales no es dado encerrarse en el brote, mariposas que no pueden volver al capullo...

*
* *

Durante muchos siglos se ha venido inculcando á los hombres por cuantos males ha padecido la humanidad. Aceptado el libre albedrío é inestudiado el medio, se quería redimir al criminal á golpes de vara, educar al niño con sacudidas de palmetas y estimular á las generaciones con varapalos y con injurias.

Instaurado ya por ventura el *cognitio circa rem*, estudiado el ambiente, la herencia, el hábito, la fisiología de los cuerpos y de los organismos, no se considera á los hombres ni á las sociedades peores ni mejores, ni se pierde el tiempo en formular cargos estériles. Se procura colocarles en circunstancias favorables, condicionar su vida y hacerla fecunda por la discreción de las energías que en todas partes existen y se manifiestan cuando se sabe sacarlas á luz.

*
* *

No; yo no voy á visitar á mis muertos. He de llamar en la oquedad donde duermen su místico sueño, y no han de contestarme. He de intentar volver transparente la losa que les cubre, y no he de mirar sino caracteres extraños y piedras de pulimento sombrío. He de gritar, y no he de sentir un rumor que responda. He de querer representarme el lugar donde les encerró la piedad, y no he de acertar á ver sino polvo y harapos. Vayan todos por mí. Yo no puedo. Mucho más que la muerte me aniquila la propia impotencia. Además, ¿qué hacen tantas gentes allí? ¿Por qué aquellas odiosas anaqueleras y aquel amontonamiento de restos miserables? ¿Por qué mi corona ha de ser la más pobre y mi angustia la menos respetada? No. No iré á visitar á mis muertos.

Ellos vendrán á mí. Sí. Vendrán como todas las noches á clavar su mirada tranquila en mis ojos absortos, á besarme en la frente, á dejarme la sensación del hielo en los labios. Vendrán los niños á enjugarme el llanto con sus espesas y rubias guedejas, y los ancianos á dejar que apoye la cabeza en su pecho. Y luego la figura grande-entre todas, la tierna, la augusta, aquella cuyo nombre no puedo pronunciar sin irreverencia, llegará también á tenderme sus manos blancas y sonrosadas, á que lllore y gima en su tierno regazo. Vendrá con aquella sonrisa llena de lágrimas que el poeta italiano admiraba en la madre de un Dios. Ellos vendrán, como todas las tardes solitarias, como todas las noches inacabables. Y yo sentiré cómo al roce de sus vestiduras y el contacto de sus manos, no heladas, sino vivas y ardientes, y á la abrasadora caricia de sus labios entreabiertos para pronunciar palabras de esperanza, mi vida se agota y mis fuerzas se extinguen.

No; no ha habido generación más triste, más desventurada, más llena de tormento que esta que ha ahuyentado del cielo á los dioses y ha hecho transparentes las tumbas. Quiere representarse al inolvidable pedazo del alma echado y con las manos en cruz, reclinada la nuca en la almohada, reflejando en su expresión serena la esperanza de algo más venturoso y más grande, y no ve sino telarañas y polvo, entre las cuales dibuja acaso un cráneo la mueca grotesca de Yorick. Alza la vista á las constelaciones, y ya no ve en ellas ni sombras aladas, ni sonrisas, ni parpadeos, sino mundos miserables que ruedan por espacios surcados una y mil veces por el dolor universal. Se pregunta por qué mueren los seres amados y cuál es su destino, y se contesta con la enunciación de

leyes odiosas en que el dolor es irremediable y en que la esperanza no tiene asilo. Y sin embargo, es grande, más grande que cuantas en el tiempo la precedieron, porque sirve á la verdad implacable y aspira á rasgar de una vez para siempre ese velo tras el cual se oculta el por qué de las cosas y prefiere, á consolarse con fábulas, devorar toda su amargura en silencio, para ser fuerte, para ser sabia y para ser digna.

A esa generación no puede confortarle ni la visita á un cenotafio, ni el murmullo refunfuñante de un rezo, ni la hojarasca de una corona, ni el golpe isócrono de un cincel. Su dolor es muy hondo, su misión es más alta. Dejad que los muertos se acerquen á ella, y después que lllore en las sombras; ella sabrá enjugarse los ojos y mirar de cara á la luz.

*
* *

Como el tierno poeta de las rimas, yo he soñado primero con un sepulcro labrado en piedra viva, solitario en medio del templo de rasgados y policromos ventanales, cercado de esbeltas columnas que fueran á quebrarse en las bóvedas como solemnes plegarias de piedra. Después he pedido, como el cantor ardiente de *Las noches*, un erguido sauce plantado por manos amigas á la orilla del mar, que balbucea su himno grandioso y acompañado. Por fin, he entrevisto en las rocas un hueco muy alto, muy solo, inaccesible, adonde no pudieran llegar los gusanos ni arrastrarse las víboras; desde donde se vieran jardines abandonados, estanques musgosos y secos, en que no alisaran sus plumas los cisnes, y ramajes en donde no se escuchara ni un suspiro ni un aleteo. Hoy ya no pido

nada. Espero que se cumpla el destino; ese destino que vaga en el espacio insondable y se esconde como un enigma en el cielo tachonado de estrellas.

*
* *

El hecho es más fuerte que la lógica. En presencia de un hecho no cabe sino buscarle explicación. Pasó el tiempo en que cada hombre se sentía un pequeño Jehovah y pretendía hacer el mundo á su imagen y semejanza; hoy nos contentamos con buscar en los fenómenos, no el por qué son, sino el cómo se verifican.

Un apóstol en la Judea y un sabio en Verulamio coincidieron en que vivir las cosas vale más que pensarlas, y en que es preciso ver y tocar para formar de ellas exacto juicio. Dejemos, pues, á los metafísicos la demostración de sus tesis y vivamos de realidades. Una sola choza cubierta de rastros que humean los vahos azulados del pote, bien vale una catedral de pensamiento, y no hay por qué cambiar las hojas de un cuaderno de apuntes trazados de mano de una mujer por los infolios hegelianos.

*
* *

Experimento una compasión infinita, un hondo malestar ante todas las cosas que se marchitan, ante todas las glorias que se frustran. Y una mujer que, al doblar la cumbre de la treintena, pierde las esperanzas de ser madre, es un ser digno de piedad y respeto. Sobre su alma ha ido goteando sus amargas la gárgola del tiempo; de su frente ha ido borrándose para siempre el nim-

bo de la promesa maternal. Es algo inútil, fracasado, anormal, enojoso. Y ella lo sabe y lo llora en silencio; y aunque en público finge estar satisfecha de su destino, se siente sola en medio de la muchedumbre y abandonada allí donde todos la oprimen. Nunca sus brazos mecerán á un hijo salido de sus propias entrañas; jamás un hombre la besará en la frente con ese respeto, esa unción, esa intensidad de gratitud y cariño con que sólo se besa á las madres ó á las esposas dignificadas por la virtud y por el sacrificio.

¡Pobrecillas! Tal vez enfermarán de despecho y de pesadumbre, acaso se harán egoístas, malvadas, monstruos de rencor y venganza. Y todo hubiera podido evitarse si hubiera en el mundo un egoísta menos, y al frente de nuestras oficinas de Hacienda un estadista más.

Porque es el impuesto el que, encareciendo la vida, hace de cada vez más difícil el matrimonio y es el egoísmo de los solteros el que deja en el abandono y la soledad á muchas mujeres que hubieran podido ceñir la diadema de madres, y que ahora se ven obligadas á tolerar la injuria de los necios.

Es vieja; en su frente ha labrado el tiempo esos surcos en que no hay florecencia. Es fea, tal vez. Se lo ha dicho el alejamiento de los hombres. Ha caminado sola siempre, delante de los padres, primero vigorosos, luego caducos, más tarde decrepitos. Y ha esperado siempre. ¿Qué digo? Espera aún. Ella sería capaz de bañarse en la fuente de Juvenio; á la evocación de una voz vibrante y cariñosa, ella desplegaría secretos encantos, delicadezas inesperadas al mandato de un alma redentora. Tomarían gracia sus movimientos, fresca sus mejillas, brillo sus ojos hoy apagados. Pero